



**HAL**  
open science

## ¿Describir o inventar la tradición?

Emmanuelle Sinardet

► **To cite this version:**

Emmanuelle Sinardet. ¿Describir o inventar la tradición?: La construcción de una figura mítica del cholo en Don Goyo (1933) de Demetrio Aguilera Malta. Michèle Guiraud. Fêtes et traditions dans le monde luso-hispanophone. Mélanges en l'honneur de Nicole Fourtané, Presses Universitaires de Nancy, pp.157-170, 2010, 978-2-8143-0038-5. hal-03578839

**HAL Id: hal-03578839**

**<https://hal.parisnanterre.fr/hal-03578839>**

Submitted on 17 Feb 2022

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## ¿Describir o inventar la tradición?

### La construcción de una figura mítica del cholo en *Don Goyo* (1933) de Demetrio Aguilera Malta

Emmanuelle Sinardet  
Université Paris Nanterre

#### Source :

Emmanuelle SINARDET, « ¿Describir o inventar la tradición? La construcción de una figura mítica del cholo en *Don Goyo* (1933) de Demetrio Aguilera Malta », in Michèle Guiraud (ed.), *Fêtes et traditions dans le monde luso-hispanophone. Mélanges en l'honneur de Nicole Fourtané*, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, 2010, p. 157-170.

El término *cholo*, en el Ecuador como en otros países de la región andina, sirve para denominar a una persona que tiene algo de sangre indígena, usándose por lo general de manera peyorativa<sup>1</sup>. Remite al mestizaje hasta resultar ser, hoy en día, el apelativo «más próximo a lo que podría constituir un auténtico etnónimo de la unidad étnica principal ecuatoriana»<sup>2</sup>. Sin embargo, si bien *cholo* sirve a nivel nacional para denominar al mestizo<sup>3</sup>, permanece otra definición, local, que denomina a un indio. En efecto, *cholo* significa también «indio de la costa» oponiéndose a *longo*, «indio de la sierra»<sup>4</sup>. ¿Cómo explicar que se mantenga esta definición en el Ecuador? ¿Acaso refleja este uso el reconocimiento de una tradición local? ¿Una tradición de carácter indígena?

Cabe mencionar el papel de intelectuales guayaquileños en los años 1930, el llamado Grupo de Guayaquil, en la búsqueda de nuevas representaciones de la identidad ecuatoriana. Ésta la expresan a través de figuras populares costeñas, el *montuvio*<sup>5</sup> para José de la Cuadra, el *cholo* para Demetrio Aguilera Malta, que se constituyen en tipos identitarios. Estos autores pretenden rescatar tradiciones populares, muchas veces rurales y locales, para darlas a conocer a un lector urbano y educado. Así la acepción de *cholo* como «indio de la costa» se evidencia en 1954 en la nueva edición de *El indio ecuatoriano*, en la que Pío Jaramillo Alvarado pretende «salvar la omisión» de las ediciones anteriores de su obra, publicada por primera vez en 1922<sup>6</sup>. En un nuevo retrato de la población autóctona,

---

<sup>1</sup> Nataly FLETCHER, «Más allá del *cholo*: evidencia lingüística del racismo poscolonial en el Ecuador», Online Internet, <http://sincronia.cucsh.udg.mx/fletcher03.htm>.

El origen de la palabra parece incierto en los Andes: algunos lingüistas creen que podría tener una procedencia aymará, que quiere decir mestizo; otros afirman que viene de la palabra quichua *chulu*, silencio.

<sup>2</sup> Manuel ESPINOSA APOLO, *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural*, Quito, Tramasocial, 2000, p. 207.

<sup>3</sup> Históricamente, el término *cholo* apunta ya al mestizaje designando, en el siglo XVIII en el virreinato de Perú, una casta compuesta por los hijos nacidos de una mezcla entre mestizos e indígenas (Nataly FLETCHER, *op. cit.*). El término se usa tanto en el Ecuador que se han multiplicado sus derivados, en su mayoría denigrantes, desde *cholada* hasta *acholamiento* (Carlos Joaquín CORDOVA, *El habla del Ecuador: diccionario de ecuatorianismos*, Cuenca, Universidad del Azuay, 1995, p. 370).

<sup>4</sup> Nataly FLETCHER citando a Fabrizio Murcillo Morla y su *Glosario de términos guayaquileños*, *op. cit.*

<sup>5</sup> Si la Academia recomienda el uso de la b en *montubio*, asociando a *monte* el culto sufijo griego *bios*, el Grupo de Guayaquil prefiere escribir *montuvio* con v, para asociar el medio del *monte* costeño con *vida*. Lo cual ilustra ya la voluntad de pintar y dar a conocer al elemento popular tal y como vive, en la realidad a veces brutal de su medio natural, cultural y social.

<sup>6</sup> Pío JARAMILLO ALVARADO, *El indio ecuatoriano. Contribución al estudio de la sociología indoamericana*, Quito, Corporación Editora Nacional, [1922] 1997, tomo II, p. 145.

anclada en prácticas populares que deben conformar una tradición heredada del pasado precolombino, Jaramillo Alvarado presenta al cholo costeño. Se apoya en una sola fuente: el ensayo *El montuvio ecuatoriano*, publicado en 1937 por José de la Cuadra, quien a su vez cita como referencia la novela de Demetrio Aguilera Malta, *Don Goyo*, publicada en 1933<sup>7</sup>.

Que el lector nos perdone este recorrido un tanto largo hasta Demetrio Aguilera Malta: permite enfocar el estatuto específico de la novela *Don Goyo*, autoridad sobre el cholo como indio de la costa<sup>8</sup>. No representa solamente la primera obra en tratar del personaje, sino una matriz que define el tipo como el autóctono por antonomasia, como el indígena nacido de la misma costa y dotado de una tradición milenaria de usos, costumbres, ritos y creencias. José de la Cuadra describe incluso a Demetrio Aguilera Malta como el especialista nacional del cholo, su mejor conocedor, en el artículo titulado de forma explícita «Aguilera Malta, explorador de la cholería»<sup>9</sup>. Reconoce en él un innovador que obra por el reconocimiento de un componente étnico, con sus tradiciones y su imaginario, hasta entonces ignorado. No se puede afirmar que este uso de *cholo* se haya mantenido sólo por la novela regional *Don Goyo*. Pero sí es cierto que *Don Goyo* es fundadora, jugando un papel determinante en la construcción del imaginario colectivo ecuatoriano y en la afirmación, dentro de éste, del elemento costeño, aunque los cholos casi han desaparecido cuando el autor escribe su novela.

Este trabajo procura entender cómo *Don Goyo* participa del proyecto de construcción de un imaginario nacional a partir de los años 1930. Su propósito es mostrar que la novela utiliza las tradiciones cholas como un material bruto para ofrecer nuevos mitos que sirvan de soportes a la ecuatorianidad, una identidad nacional pensada como genuina, lejos de los modelos europeos de la elite blanca. Procuraremos analizar en qué medida el personaje de don Goyo se convierte en una figura mítica capaz de funcionar para esta ecuatorianidad como referente identitario, la del espíritu tutelar indígena, del hombre originario. Esta figura, encarnación de un mundo preservado anterior a la llegada del blanco, no nace sólo de las descripciones de la tradición como práctica, uso, costumbre que se transmite a través de las generaciones, sino que se elabora en base a la representación de LA tradición<sup>10</sup> como herencia cultural milenaria, atemporal y fijada.

## DE LAS TRADICIONES A LA TRADICIÓN: EL ESPACIO DEL MITO

Demetrio Aguilera Malta y José de la Cuadra comparten una labor de rehabilitación del elemento popular y de sus tradiciones, respectivamente del cholo y del montuvio, con otros escritores guayaquileños, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Alfredo Pareja Diezcanseco, el primero en tratar del negro. El llamado Grupo de Guayaquil defiende una escritura comprometida, en ruptura con los esquemas académicos de una literatura que juzgan elitista por orientarse hacia los modelos europeos. Militantes socialistas y comunistas, denuncian la explotación de los sectores populares, tanto urbanos como rurales, abogando por un realismo social que revele la miseria, la violencia, un cotidiano muchas veces sórdido, en una lengua cruda inspirada en los hablas locales. Desde esta perspectiva, Demetrio Aguilera Malta opta por pintar detenidamente las duras condiciones de vida de los peones montuvios en una hacienda costeña.

En efecto, lejos de dedicarse al personaje que da su título a la obra, o sea, a don Goyo, la primera de las tres partes que componen la novela describe el funcionamiento de una hacienda «tierras arriba» a través de la narración *flash back* de un personaje montuvio, Cusumbo. Cusumbo recuerda el doloroso recorrido personal que lo llevó a huir de la hacienda y buscar refugio en el manglar cholo: la niñez frustrada dedicada a las faenas del campo; el padre endeudado, humillado, alcohólico, que

---

<sup>7</sup> José DE LA CUADRA, *El montuvio ecuatoriano (Ensayo de presentación)*. Edición crítica de Humberto E. Robles, Quito, Libresa - Universidad Andina Simón Bolívar, [1937] 1996, p. 24.

<sup>8</sup> Demetrio AGUILERA MALTA, *Don Goyo*, Quito, Libresa, [1933] 2000.

<sup>9</sup> José DE LA CUADRA, «Aguilera Malta, explorador de la cholería», *Obras Completas de José de la Cuadra (prólogo de Alfredo Pareja Diezcanseco, recopilación, ordenación y notas de Jorge Enrique Adoum)*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. 800.

<sup>10</sup> El uso de *LA tradición*, con *LA* mayúscula, pretende evitar aquí el uso de *Tradición*, *Tradición* designando para el catolicismo la revelación de la Palabra de Dios a su Iglesia.

descarga su frustración en la esposa matándola a golpes; las nuevas exigencias del patrón, el trabajar sin descanso, la deuda inextinguible, las trampas para que ésta siga aumentando; el refugio en el alcohol como el padre, la resignación, la frustración; la esperanza de felicidad robada por el blanco que seduce a la mujer, el ridículo, la honra perdida, la transformación en una fiera que asesina a machetazos a los amantes, la huida desesperada, la vida de prófugo como animal en el monte, por fin la llegada al manglar aún preservado del universo blanco y de su dominación. Este recorrido personal se presenta como una iniciación por la que el niño montuvio descubre un sistema generalizado, la hacienda, que lo instrumentaliza inexorablemente hasta animalizarlo y reificarlo. Las escapatorias posibles son o bien el alcohol, refugio ilusorio puesto que acelera más todavía la despersonalización del peón, o bien la huida. En este sentido, la descripción de la dominación del blanco (así designa Cusumbo a sus patrones) recalca unos mecanismos económicos y sociales implacables cuyos efectos apuntan, en términos crudos, a una destrucción física y moral cuyo realismo raya en el naturalismo. Desde luego, la descripción de la ferocidad del sistema sirve de por sí de denuncia, el lector quedando horrorizado frente a la negación sistemática de la dignidad humana.

Sin embargo, la trayectoria de Cusumbo no es sólo la de la degeneración del peón en fiera. La narración describe también una iniciación al revés, con la progresiva recuperación de la dignidad perdida. Ésta pasa por el contacto con un mundo que se presenta como el contrapunto exacto de la hacienda: un universo preservado del blanco (personificación de la depredación), fuera del tiempo y de la ley, un mundo de tradiciones sometidas a un orden arcaico en que el hombre representa un elemento natural más, viviendo en armonía con la naturaleza y en paz con sus semejantes. Este universo primitivo e intacto es el manglar; los hombres que viven en él, los cholos. Expresión de este orden natural, el cholo va encarnando al autóctono por antonomasia. Es el natural en el sentido fuerte de la palabra, el hombre-naturaleza, el hombre nacido del mismo manglar. No sólo desconoce el orden blanco sino que lo rechaza, presentándose como el guardián de una pureza primitiva. Desde esta perspectiva, personifica las tradiciones del hombre prehispánico aún no conquistado por el blanco.

En *Don Goyo*, la trayectoria de Cusumbo desde la hacienda, determinada histórica y geográficamente, desemboca en el espacio del mito. En efecto, los rasgos cholos se confunden con los del mito: por un lado, un orden arcaico y fuera del tiempo; por otro lado, un espacio impreciso y atópico, el manglar no siendo sino la fusión informe entre cielo y tierra, agua salada y dulce, océano y tierra.

Si el montuvio Cusumbo ocupa gran parte del espacio textual en la primera de la novela, es para mejor enfocar lo original del orden cholo. Este extranjero que viene de fuera, de «tierras arriba», y que adopta el modo de vida de los cholos hasta convertirse en un «montuvio acholado»<sup>11</sup> permite que el lector descubra un universo genuino a través de un constante juego de oposiciones y contrapuntos entre espacio de depredación/espacio preservado, orden llamado civilizado/orden primitivo. Cusumbo facilita la transición entre los dos universos. Así sus vaivenes entre el manglar y Guayaquil donde vende su pesca permite la tipificación de los espacios en dos polos opuestos: la gran ciudad moderna, espacio de la civilización blanca y de su perversión, principio de corrupción y de degeneración, *versus* el manglar como principio de paz, equilibrio y libertad, con su vida autárquica, las tradiciones ancestrales respetadas, la sencillez de la caza y pesca, los cultivos modestos. Cusumbo obra para el lector como un intermediario, un *passieur* entre los dos universos, participando simultáneamente de la construcción del manglar como el espacio mítico en el que las tradiciones ancestrales significan un paraíso primitivo, un edén americano.

## DON GOYO, FIGURA MÍTICA

Desde luego, este espacio mítico, en el que lo tradicional se concibe como lo primitivo, construye también la figura del cholo como la del indígena mítico. Un personaje encarna a este indígena mítico, personificación del orden natural, basado en el respeto a las tradiciones: el cacique don Goyo. Don Goyo se presenta primero como una figura sagrada, su entrada como personaje y actor resultando diferida en la segunda parte de la novela. El narrador omnisciente asume la palabra ritual

---

<sup>11</sup> Demetrio AGUILERA MALTA, *op. cit.*, p. 201.

que apunta a lo sagrado optando por un acercamiento progresivo y respetuoso que recalca un misterio milenario, en la secuencia primera de la novela:

De pronto, oyeron el chapotear de una canoa. Algo se agitó en la sombra. Se oyó un canaletazo. Al rato, otro. Después, un voz ronca, pesada, vigorosa:

– ¡Buenas noches de Dios!

– ¡Buenas noches, don Goyo!

Pasó lenta, pesadamente, casi al lado de ellos. El golpe del canaleta –tardo, pero firme– se hizo más confuso. La enorme boa de ébano de la noche lo atornilló en su vientre.

Hubo silencio.<sup>12</sup>

No hay retrato directo, descripción puntualizada de don Goyo. Hasta su nombre lo tiene que deducir el lector a través de los breves intercambios con la aparición. Pues de aparición se trata: su presencia se oye más que se ve; surge de la nada antes de ser tragado de nuevo por el universo de la «noche», como «sombra» más. La voz profunda, la lentitud del progresar, lo misterioso de una figura a la que parece prohibido describir con palabras triviales y que se presenta siempre *en creux*, a través de la mediación de otros personajes, subrayan el estatuto superior de don Goyo. El «silencio» que se hace después del encuentro remite al respeto hacia lo sagrado de un ser que habita el manglar como si fuera un elemento intrínseco de él, su mismo espíritu.

Este respeto lo asume la narración al evocar a don Goyo con palabras rituales a lo largo de la novela. Cuando el narrador omnisciente o algún personaje alude a don Goyo, retoma los términos de esta escena de apertura hasta crear el ritmo y la escansión que recuerdan las oraciones. «Canaletazo», «lento», «pesado», los «buenas noches» intercambiados, expresan la presencia del espíritu e instauran simultáneamente una respetuosa distancia con él, ritualizando el encuentro del hombre común con don Goyo.

Esta condición que escapa de lo humano la confirman y aclaran para el lector varios personajes cholos. Afirman por ejemplo «con acento de misterio, medio temblando, murmur[ando]» que han visto a don Goyo conversar con «er Tintín», el diablo<sup>13</sup>. Numerosas leyendas circulan también sobre su relación privilegiada con el manglar. Esta intimidad con la naturaleza llega a ser sexual. Cholos afirman haberle sorprendido a don Goyo «[clavando] el sexo sobre el mangle», y «sin un trapo encima, con unas carnes que parecían escurrírsele, todas aguadas, no temía a los gegenes, ni a los ostiones filudos, a nada»<sup>14</sup>. Don Goyo se presenta como una fuerza superior que hace de él no sólo el espíritu del manglar sino su misma pareja en una fusión física que remite a la escena primitiva, a la creación de la vida. Su virilidad fuera de lo común participa de la feracidad del manglar y asegura su reproducción. Se manifiesta también a través de una descendencia numerosa. Este hombre-naturaleza es el fundador de una nueva comunidad humana nacida de su linaje. Se presenta como una figura paterna mítica, el padre del cholo del manglar, su historia confundándose con la del grupo.

La figura de don Goyo se construye en base a la recuperación y fusión de elementos míticos antropogónicos heredados de la tradición precolombina y de rasgos patriarcales del Antiguo Testamento. Don Goyo vive fuera del tiempo histórico; parece que siempre ha existido. Se desconoce su edad, las leyendas indicando que pasa de los ciento cuarenta años. Llegó aún joven, no se sabe cuándo ni cómo, a un manglar totalmente virgen. Don Goyo se presenta así como el primer hombre. El manglar acabó aceptándolo hasta satisfacer todas sus necesidades. La primera pareja de don Goyo, en este sentido, es la naturaleza con la que vive una unión feliz y armoniosa. Este Adán cholo tiene su paraíso terrestre:

De pronto, las islas se dieron. Fue una entrega de hembras lujuriosas. Quisieron resarcir al hombre que había luchado con su fe y su tesón. Empezaron, poco a poco, a mostrársele tales cuales

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 135.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 136.

eran. Lo guiaron con sus deseos intangibles por los lugares más secretos que tuvieron. Se volvieron propicias a todos sus esfuerzos. Lo empezaron a querer, en su despertar de sueños milenarios.<sup>15</sup>

Asumiendo don Goyo la creación de un universo cholo genuino, se busca una esposa, Margarita, empleada doméstica miserable, a la que promete la felicidad en su universo de la tradición intacta, preservado del blanco. Instruye personalmente a cada uno de los hijos que nacen de esta unión, iniciándoles a los misterios del manglar. Esta numerosa descendencia, educada según sus valores, forma una nueva comunidad humana que va absorbiendo a los recién llegados, cholos de los manglares cercanos a Guayaquil que huyen del avance de la llamada civilización o prófugos que escapan de las leyes de los blancos, cual Cusumbo quien esposa a la hija más joven de don Goyo. Estos recién llegados reconocen todos la autoridad de don Goyo, el cual se convierte en figura paterna como cacique, patriarca y suegro, pero también como el padre espiritual que da consejos, arbitra conflictos, recuerda los valores fundamentales.

La autoridad todopoderosa de don Goyo la legitima una sabiduría que aceptó compartir con él el manglar. Cusumbo, en una visita humillante a una prostituta de Guayaquil, el «puerto hediondo»<sup>16</sup>, contrae una enfermedad que no logran sanar los médicos blancos de la ciudad, ni siquiera en el hospital. En pocas semanas, los remedios de don Goyo lo curan definitivamente, convenciéndole de la superioridad del saber cholo sobre los conocimientos de los blancos. Don Goyo se presenta así como un chamán iniciado a los misterios de la vida y de la muerte y como el guardián de tradiciones que él mismo fundó al fundar la nueva comunidad. Es él el vínculo entre los hombres del grupo y el manglar, invitando éste a aceptar a los recién llegados, recordando a éstos sus deberes hacia la naturaleza que los abraza y alimenta. Protege no sólo las tradiciones sino LA tradición.

Este edén cholo no es salvaje aunque sea primitivo. Los salvajes son los guayaquileños y los blancos en general. Tampoco es inocente: la sexualidad es muy libre cuando no desenfrenada. Pero se trata de una sexualidad librada de la vergüenza, de la explotación de la mujer por el hombre, de la violencia, a la inversa del universo blanco y del orden llamado civilizado, en Guayaquil o en la hacienda, donde prevalecen la prostitución y la violación. El cholo remite al hombre mítico de antes del pecado; su manglar, al universo de los orígenes. Y por ser precisamente un espacio preservado del blanco, el manglar simboliza los orígenes americanos, LA tradición indígena, un mundo milenario genuinamente autóctono. Don Goyo encarna aquí el padre indio mítico, imponiéndose como figura tutelar.

## **EL MITO AMERICANO DEL CATACLISMO: EL PASAJE DE LA TRADICIÓN AL NUEVO ORDEN**

La novela no es realista, a pesar de las descripciones detalladas de las actividades tradicionales cholas, incluso de sus técnicas de pesca. Recupera elementos míticos y hasta introduce una dimensión fantástica cuando, por ejemplo, el mangle conversa con don Goyo. Propone una visión reelaborada del universo cholo, que el autor descubrió compartiendo la vida de los pobladores del manglar. Tampoco se trata de una novela etnológica, aunque José de la Cuadra la presente como el estudio más completo sobre el cholo, su medio y sus tradiciones. Según el Grupo de Guayaquil, el cholo sería el primer poblador del Ecuador, el hombre-origen nacional por antonomasia, su presencia siendo anterior a la de los incas, como lo expone José de la Cuadra en su ensayo *El montuvio ecuatoriano*<sup>17</sup>. Sin embargo, en

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 238.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 144.

<sup>17</sup> «Su base étnica es añejamente americana. Probablemente pertenece a grupos aborígenes anteriores a la invasión decretada y cumplida por el Incanato, que desbarató y confundió las tribus costeñas (con excepción de las de la isla de la Puná), bajo los reinados de Tupac Yupanqui y Huayna Capac. Acaso sea resto degenerado de alguna inmigración asiática, venida desde las riberas del mar. Sus rasgos faciales –ojos oblicuados, pómulos salientes–; su color, su corta estatura, le prestan semejanza con los chinos de las riberas mencionadas. Parece, por lo demás, que hasta nuestra costa descendieron ramas mayas, o mayoides, en los días prehistóricos. En Manta, puerto manabita y en la isla de la Puná, se han descubierto rastros de una vieja cultura que no se compararía con el estado elemental de progreso en que fueron encontradas nuestras gentes al arribo de los españoles y, según deducciones, por los mismos incas». (José DE LA CUADRA, *El montuvio ecuatoriano*, op. cit., pp. 23-24).

ningún momento introduce la narración tales informaciones objetivas. Si don Goyo se presenta como un hombre-origen, es a través de una escritura literaria que juega con lo simbólico y lo sagrado antes que con la descripción factual de las tradiciones.

La novela se presenta en realidad como un testimonio, el de la existencia de los cholos, para dejar huella de ellos en un momento en que están desapareciendo, absorbidos por la expansión de Guayaquil y la intensificación de la explotación de los recursos naturales para alimentar a la metrópoli voraz<sup>18</sup>. *Don Goyo* se inscribe en este proyecto que el Grupo de Guayaquil inició en 1930 con su obra colectiva fundadora *Los que se van*, en la que Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Enrique Gil Gilbert describen la desaparición de los cholos y montuvios frente a los avances de la llamada civilización. Don Goyo «se va» (y con él, LA tradición) porque un nuevo orden se extiende destruyendo el orden arcaico.

Desde esta perspectiva, don Goyo representa un vestigio prehispánico cuyo destino es la aniquilación. La novela lo erige en figura tutelar precisamente por describir su muerte como el fin de un mundo tradicional vencido por la civilización blanco mestiza. Lo mítico aquí consiste también en el narrar este pasaje fundador de la historia nacional. La figura de don Goyo asume el mito del cataclismo indígena, recalcando el modelo clásico trágico donde el final funesto se anuncia de entrada.

En el largo *flash back* de la primera parte, Cusumbo, al recordar su infancia en la hacienda, evoca los cuentos populares montuvios que le narraba don Encarnación. Aparentemente sin relación con el universo cholo, estas varias narraciones imbricadas dentro de la narración funcionan sin embargo como presagios: describen la derrota inevitable del orden arcaico, de LA tradición, frente al orden impuesto por el blanco. Es que el contador, don Encarnación, tiene un estatuto específico; es brujo y chamán por conocer los misterios de la naturaleza:

Era el secreto de la selva y el secreto de los pueblos. Succionador infatigable de la charla de los hombres y de las cosas, don Encarna vivía una eterna leyenda. Conocía el lenguaje de los guayacanes y de los cabos de hachas, de los nigüitos y de los casoles, de los tigres y de los venados, de los tiburones y de las simbocas. Además, leía en el espíritu de todos sus camaradas en la lucha contra la montaña.<sup>19</sup>

Sus poderes, que le permiten ver lo invisible e interpretar la realidad, transforman los cuentos en oráculos anunciadores. Ño Francia, el negro cimarrón de una de las leyendas contadas, vive miserablemente con su familia en una tierra controlada por el mayordomo blanco, «un niño bien, mandado de la ciudad»<sup>20</sup>. La protagonista del cuento «Dos revasas» es una mujer «engañada por un Blanco, que había ido unos días a pasear por esos lados», madre de «un hijo al que debía mantener, después de ser abandonada por el sátiro»<sup>21</sup>. El mayordomo, el «niño bien», el «sátiro», el patrón, se

---

José de la Cuadra insiste en la originalidad indígena del cholo y en su pureza racial: «De cualquier modo, el cholo ecuatoriano se diferencia profundamente del indio de las serranías, y tampoco es un mestizo. Muy aventurado resulta decir que lo es: afirmación puesta en voga por observadores superficiales. Es no conocer al cholo aseverar que tenga sangre blanca o negra apreciable». (*Ibidem*, p. 24).

<sup>18</sup> José de la Cuadra describe también este fenómeno: «Las tribus alejadas de los centros poblados conservan su economía cerrada y la defienden agriamente. Son ariscas y se hurtan a la relación con los “blancos”. Subsisten a cargo de la caza y de la pesca, de cultivos mínimos y de la cría de animales domésticos. Conocen el cambio, pero no lo practican. Cuando se les propone comprar algo, o lo regalan o lo niegan, pero no lo venden.

Las tribus menos alejadas de los grandes centros poblados –Guayaquil, por ejemplo– cortan leña y queman carbón, cazan y pescan, vendiendo los productos de tales labores. Mas (por supuesto, en términos generales), no completan el proceso comprando, sino que atesoran el dinero o lo congelan convirtiéndolo en alhajas. Eventualmente practican el trueque o movilizan el dinero atesorado, adquiriendo tejidos para la indumentaria.

Por último, las tribus inmediatas a las poblaciones grandes o no, o aquellas que han visto colmarse sus aldeas de extraños, tornándose balnearios de moda, han sufrido un curioso proceso de desintegración. Quebrado el nexo tribal, las familias han recuperado su sustantividad, trocándose en unidades de economía de cambio. Pero, dentro de la familia perdura la indivisión. El sujeto económico no es, pues, el individuo, sino la familia a que éste pertenece, por mucho que respecto a ella resulte cabeza de familia». (*Ibidem*, pp. 24-25).

<sup>19</sup> Demetrio AGUILERA MALTA, *op. cit.*, p. 101.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 106.

confunden en una misma figura del dominador. Ésta se declina también a través de estos «gringos desgraciados» que instalan sus máquinas, minas y nuevas plantaciones: intentan violar a la mujer abandonada, la cual se ahoga con su criatura en brazos, símbolo de un futuro negado<sup>22</sup>. La sumisión o la muerte, tales son las dos únicas trayectorias posibles frente al nuevo orden.

Con todo, los cuentos de don Encarnación ofrecen al dominado una forma de revancha posible. El mayordomo muere ahogado, por no creerle al negro cimarrón cuando éste le anuncia una inundación repentina. La mujer traicionada sobrevive simbólicamente como fantasma del río. Sin embargo el avance del orden blanco se presenta como inexorable, confirmado por la trayectoria de Cusumbo, quien no encuentra escapatoria sino en la huida. Esta huida se revela inútil, pues el blanco penetra a su vez el manglar. La segunda parte de la novela, titulada «Los mangles se van», narra la realización de los funestos presagios de la primera parte.

Don Carlos, el blanco que viene a cortar mangle para vender leña y carbón en Guayaquil, es un gringo, o sea, doblemente extranjero: al universo cholo y al país. Además de remitir a la instalación de las empresas norteamericanas en el Ecuador, encarna la figura del invasor blanco que acaba con el orden indio. A través de su instalación en el manglar se juega de nuevo la colonización hispánica, la introducción del tiempo histórico y de la ley del mundo occidental con su lógica de depredación. Notemos que la narración opta por escribir Blanco con mayúscula, haciendo de don Carlos el tipo mismo del depredador, una nueva faceta del conquistador. Don Goyo, como guardián de la pureza sagrada del manglar y de LA tradición, les prohíbe a los cholos picar mangle y comerciarlo con don Carlos. En vano. Al escuchar las quejas de su doble vegetal, el mangle explotado por el Blanco, don Goyo oye sus propias angustias:

El mangle más viejo de las islas –que don Goyo vio crecer a su lado– se inclinó. Sus hojas verdinegras parecieron tocar al cholo anciano en gesto de caricia. Su corteza se abrió como una flor gigantesca. Sus nudos agrietados se dijeron entrañas desgarradas. Y –en medio del asombro de los siglos, hecho inquietud de dolor y de vida– el mangle más viejo de las islas –con voz extraña y triste– habló:

– Nos vamos, Goyo. Nos vamos. Ha venido el Blanco maldito... Ha venido a arrancarnos de la tierra en que nacimos, a corrompernos con su oro esclavizante, a hacernos enemigos, cuando nuestras razas marcharon siempre paralelas y siempre amándose y amadas... Hoy nuestros cuerpos, mutilados, sangran constantemente. Se nos quita nuestra corteza, que es el único abrigo.<sup>23</sup>

Esta conversación con el manglar tiene lugar una noche de velorio: la aniquilación se aproxima, inevitable. En el juego de correspondencias que construyen el universo mítico cholo, la «difuntita» que está velada remite en efecto a los mangles; al doble humano de éstos, don Goyo; al grupo que éste cimienta, los cholos; y, con él, a LA tradición.

En un primer momento, los cholos se someten a la prohibición de don Goyo, «padre de todos»<sup>24</sup>. Procuran pescar y «marisquear» para alimentarse. Pero sin éxito, pues no logran sacar de estas actividades lo suficiente como para vivir. En vez de perseverar, por primera vez desobedecen a don Goyo: reanudan con el corte del mangle, vendiéndolo a don Carlos. Esta rebelión marca el fin del orden tradicional ancestral y la entrada de los cholos en el orden blanco. El pasaje de un orden a otro lo expresa la muerte de don Goyo, una muerte que le da al discurso mítico una dimensión cataclísmica. En la tercera y última parte, titulada «Don Goyo» como la novela, este pasaje de vida a muerte significa el fin del universo cholo. Por primera vez, don Goyo, entrado ya en el transcurrir de un tiempo lineal, el de la historia en marcha, tiene la sensación de envejecer:

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 107.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 191.



Le pareció que, de golpe, había perdido todo su vigor y su fuerza de juventud. Sus músculos se aflojaban y su piel se escurría. No veía nada. No oía nada. Todos sus sentidos se habían atrofiado súbitamente.<sup>25</sup>

El mangle y el hombre se unen por última vez, ya no para dar vida sino para partir juntos en la muerte:

De improviso, empezó a experimentar una cierta tranquilidad y dulzura. Creyó ver a los mangles acercándose paulatinamente a él. Creyó que le extendían las ramas potentes en tono de caricia. Y después, sintió que esas ramas lo elevaban suavemente, transportándolo a través de todas las islas.

Su paso era saludado con reverencias. Un cuchicheo de admiración y de afecto hervía en los rincones más ocultos, en los recovecos del fango. Y parecía que una enorme multitud de mangles empezaban a seguir a los que llevaban en sus ramas al viejo cholo.

Don Goyo era feliz.<sup>26</sup>

La felicidad puede seguir existiendo, pero sólo en un más allá. El paraíso ya no puede ser terrestre. De hecho, con don Goyo, el paraíso original ha desaparecido, los cholos siendo a su vez aplacados por la lógica económica que les impone don Carlos. El sistema de la deuda inextinguible, la explotación, la sumisión embrutecedora, la miseria y el alcohol que existían en la hacienda montuvia de Cusumbo, se propagan al manglar como manifestaciones de la victoria del Blanco.

La narración de este pasaje fundador le permite a la obra escapar de su estatuto de novela regional de carácter costumbrista, de la mera descripción de usos y tradiciones, lo cual explica sin duda la importancia en la literatura ecuatoriana que hoy le otorgan los críticos. Es más, la tragedia del manglar, por remitir al choque del encuentro entre el antiguo y el nuevo mundo, hace de *Don Goyo* una novela de alcance no sólo nacional sino continental. La fuerza del mito convierte esta novela del cholo ecuatoriano en texto americano.

## CONCLUSIÓN

Figura tutelar del ancestro amerindio, don Goyo sobrevive como espíritu que planea por encima del manglar ahora «civilizado». Los cholos acaban encontrando su cadáver, pero en el transporte hasta el lugar del entierro desaparece de forma inexplicada, como tragado por las aguas, como si retornara a una vida original:

Yo les dije a los muchachos que remarán más fuerte para poder llegar pronto, cuidado se nos iba a descomponer el difuntito. Y en eso nos hallábamos cuando, de repente, sentimos un remezón y oímos un chapoteo en el agua. Nos volvimos y, entonces, todas las carnes se nos pusieron aguadas, como hamacas de miedo. Don Goyo se había largado, con ataúd y todo. Lo buscamos un rato. ¡Pero quién encuentra a un difunto en Cascajal y de noche!...<sup>27</sup>

Don Goyo sigue vivo, pero en la memoria, la memoria colectiva de unas tradiciones ancestrales. Permanece como una presencia difusa que puebla el imaginario del hombre nuevo, nacido del encuentro entre cholo y blanco: el mestizo moderno. Figura desencarnada, don Goyo puede funcionar como referente identitario, el del origen amerindio.

Hemos subrayado que los elementos que prevalecen en la construcción de dicha figura remiten más a mitos bíblicos universales que a mitos indígenas prehispánicos. Es que el mito de don Goyo como hombre original no remite a las tradiciones de los indios de la costa, ni siquiera a la de otros indios ecuatorianos o americanos: cuenta el surgir doloroso del mestizaje como consecuencia de un cataclismo. Como Adán americano para el Ecuador moderno, don Goyo no representa un mito indígena. Es un mito mestizo, el mito de los orígenes inventado por mestizos para expresar una identidad nueva en ciernes: la ecuatorianidad. La voz del mito facilita la búsqueda de nuevos

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 268.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 269-270.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 289.

referentes para la ecuatorianidad, precisamente porque la ecuatorianidad es una identidad difícil de definir objetivamente en la década del treinta, porque sigue siendo un proyecto por realizar. De las tradiciones a LA tradición, los autores del Grupo de Guayaquil elaboran el mito de un Indio padre moral y cultural, para esta nueva nación que pretenden contribuir a construir.